

# NEW LEFT REVIEW 86

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2014

## EDITORIAL

SUSAN WATKINS Anexiones 5

## ENTREVISTA

SULEIMAN MOURAD Los enigmas del libro 16

## ARTÍCULOS

NANCY FRASER Tras la morada oculta de Marx 57  
ROBIN BLACKBURN Acerca de Stuart Hall 77

## SIMPOSIO

PETER DEWS ¿Nietzsche para perdedores? 99  
RAYMOND GEUSS Sistemas, valores, igualdad 117  
KENTA TSUDA ¿Una comunidad vacía? 128  
MALCOLM BULL La política de la caída 137

## CRÍTICA

ROB LUCAS Xanadú como Falansterio 149  
CHRISTOPHER PRENDERGAST A través del «entre» 159  
ANDERS STEPHANSON Un monumento a sí mismo 168

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el  
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

## CRÍTICA

Jaron Lanier, *Who Owns the Future?*,  
Londres, Allen Lane, 2013, 360 pp.

ROB LUCAS

### XANADÚ COMO FALANSTERIO

El subtítulo de *You Are Not a Gadget*<sup>1</sup>, el anterior libro de Jaron Lanier, lo declaraba un manifiesto. Su libro más reciente, *Who Owns the Future?*, es una especie de utopía. Pero como el original de Moro, sus proyecciones están entremezcladas con una crítica satírico-profética a las condiciones actuales. La posición aquí desarrollada es, como tal, escurridiza: se declara en parte «modesta propuesta» swiftiana, en parte diagnóstico de un mundo con problemas técnicos, y en parte plan de acción para salvar al capitalismo y a su esencial «clase media». Fredric Jameson ha ponderado en estas páginas sobre el destino del utopismo en una sociedad mundial disociada en extremos de riqueza y milagro científico en un polo y miseria generalizada en el otro. Un análisis de los textos producidos por la «feliz pandilla» de pioneros jipis que tanto han influido en el modelado y la recepción de la tecnología estadounidense en décadas recientes probablemente debería mitigar cualquier preocupación de que la utopía nos haya abandonado por completo, incluso aunque haya pasado el momento de su encuentro con un agente histórico capaz de articularla en función de la «cuestión social». El actual horizonte utópico recibe la mayor parte de su forma de los señores de la tecnología y sus cortesanos: ya sea la tecnoescatología de un devoto de la «singularidad» como el director de ingeniería de Google, Ray Kurzweil –recordando la cosmogonía de comienzos del siglo xx en Rusia–, o las predicciones más prosaicas de un futuro «fabricante» en el que la producción

---

<sup>1</sup> J. Lanier, *Contra el rebaño digital. Un Manifiesto*, Barcelona, Debate, 2011.

se volverá ultrabarata, ultraflexible y ultradistribuida, abriendo la puerta a un juego infinito de emprendimiento creativo.

Aunque se trata de un indudable miembro de la feliz pandilla en cuestión, a Lanier le preocupan las implicaciones de dichas proyecciones y el mundo que las produce. En lugar del antihumanismo apático que predomina en los círculos tecnológicos, a él le gustaría consagrar una cultura tecnológica humanística. Y, dada la creciente importancia de las mediaciones tecnológicas, piensa que puede estar en juego nada menos que el destino del capitalismo.

Nacido en 1960, hijo de una concertista de piano y un escritor de ciencia ficción, Lanier creció en el desierto de Nuevo México en una cúpula geodésica de estilo «neocomunista». Parece que fue un niño prodigio, se matriculó a los trece años en la Universidad del Estado de Nuevo México, donde estableció conexiones con lumbreras de la ciencia y la tecnología, como el pionero de la inteligencia artificial Marvin Minsky. En la adolescencia viajó a Ciudad de México para visitar al compositor de vanguardia Conlon Nancarrow, que había preferido –tras luchar en la Guerra Civil española– vivir allí en un exilio efectivo, antes que renunciar a su pasado comunista a cambio de que le renovasen el pasaporte estadounidense. El diseño por parte de Nancarrow de territorios rítmicos inexplorados basados en la pianola animó en apariencia a la joven mente de Lanier a buscar aventuras análogas, y este empujó a conjeturar acerca de la trascendencia de los límites de la notación matemática y el código informático de texto. Tras un intento de emprender una trayectoria musical en Nueva York, acabó a comienzos de la década de 1980 en el área de la bahía de San Francisco, donde rápidamente se instaló en la contracultura residual del momento, que había cambiado la expansión psicodélica de la mente y la revolución sociocultural por la «espiritualidad» y el experimentalismo tecnológico. El intento por parte de Lanier de crear un lenguaje informático gráfico, cambiando las órdenes estrictas de los programas convencionales por canguros, cubitos de hielo y aves, fue portada de *Scientific American* en septiembre de 1984. Y desde mediados de la década pasó a ser identificado con la realidad virtual –la simulación de entornos que se experimentan de manera inmersiva, a menudo mediante una combinación de gafas y «guantes de datos» conectados– como su principal predicador. Las argucias de la realidad virtual superaron definitivamente a la realidad a comienzos de la década de 1990, cuando sus acreedores franceses perdieron la paciencia y le exigieron la devolución de los préstamos, se quedaron con unas cuantas de sus patentes y lo dejaron protestando contra el «socialismo» y la «burocracia» franceses y a favor de un enfoque estadounidense más audaz.

Pero capeó esos temporales y siguió siendo una autoridad clave en el sector tecnológico, un «visionario» y un colaborador habitual de la revista *Wired*. Las nuevas empresas relacionadas con Lanier han cambiado de manos por sumas muy considerables: Eyematic, por ejemplo, donde era el científico principal, fue vendida a Google en 2006 con una de las patentes de Lanier por unos 40 millones de dólares. Y los trabajos de asesoría le han permitido obtener un conocimiento profundo no solo de su base original de Silicon Valley, sino también de algunas de las empresas de Wall Street más tecnológicas. En la actualidad trabaja en investigación para Microsoft, pero mantiene una importante actividad complementaria en la destilación de intervenciones idiosincrásicas y a menudo perceptivas, basadas en ideas desarrolladas durante décadas de especulación tecnocientífica. Y, como le gusta recordar a sus lectores, sigue siendo músico: quizá más en la línea de La Monte Young –y más «música del mundo»– que de un seguidor literal del austero vanguardismo de Nancarrow, Lanier ha producido bandas sonoras de cine y composiciones clásicas, además de tocar con figuras como Terry Riley, Philip Glass y Yoko Ono. Tras tres décadas de apariciones mediáticas se ha vuelto una especie de cliché referirse a Lanier como un «hombre renacentista» o un «visionario».

*You Are Not a Gadget* (2010) entrelazaba los temas habituales de Lanier –el destino de la música y del músico en un mundo digital; las posibilidades científicas de una comunicación «postsimbólica»; la disyunción entre la banalidad de la tecnología convencional y el abierto horizonte de posibilidades de la ciencia ficción que podríamos estar explorando– con un ataque a varios de los principios del pensamiento clásico de Silicon Valley. Narcotizado por las ideologías del software de código fuente libre/abierto y de la cultura libre, que supuestamente deberían provocar una economía del don generalizado basada en la alta tecnología, Estados Unidos había entrado sonámbulo en una situación en la que los trabajos y las rentas de la «clase media» en general, y de los profesionales creativos/intelectuales en particular, corrían peligro, mientras los señores de las nubes informáticas acumulaban fortunas estratosféricas gracias a sus metaposiciones en estos avances. Estos procesos no deberían entenderse de manera determinista, como resultados inevitables del progreso tecnológico, porque el *software* expresa, más que cualquier otra tecnología, la cosmovisión y las decisiones de quien lo diseña. De ese modo, si bien la «dependencia» provocada por los grandes sistemas es un verdadero problema, debería ser posible reconsiderar nuestra tecnología –y la cosmovisión que expresa– desde el principio. Y una alternativa superior de la adoración a la máquina ofrecida por Silicon Valley sería una orientación romántica y humanista, atenta y abierta a la irreducibilidad de la experiencia, que promueva el lugar del individuo creativo y productivo, sin consignar esta figura a la superfluidad tecnológica.

*Who Owns the Future?* es una ampliación de estos argumentos, que detalla la crítica al presente sociotecnológico, así como la visión especulativa de una alternativa. Aproximadamente los dos primeros tercios del libro hacen referencia a la primera, mientras que el último tercio se centra en esbozar la segunda; aunque Lanier elude cualquier estructura directa del argumento, recorre un conjunto de ideas interrelacionadas y a menudo no elabora una idea hasta varios capítulos después de introducirla en la discusión. También inyecta varias digresiones lúdicas a través de una serie de «interludios», sobre temas tan variados como Aristóteles y las polis antiguas; la necesidad de la propiedad pública de las infraestructuras básicas; una taxonomía de los «humores» por los que concebimos futuras relaciones de la tecnología, las personas y la política; meditaciones filosóficas sobre la conciencia y la naturaleza de lo universal; esbozos críticos y humorísticos de la excentricidad y la religiosidad de los modernos saint-simonianos de Silicon Valley; una defensa del libro como expresión del individuo integral. Dada la calidad anárquica de la construcción de Lanier, sería difícil intentar seguirla en detalle, pero intentaré reconstruir aquí el argumento basándome en sus dos fases más amplias: crítica y alternativa.

La preocupación fundamental de este libro es que, con el océano de información gratuita liberada por la web, cada vez más parte del valor creado por personas reales está saliendo de hecho «de los registros contable-financieros», no remunerada, no contabilizada, sin ninguna transacción económica intermedia. Esto conduce perversamente a la merma de un área económica tras otra, mientras la abundancia de información y la potencia informática se expanden a ritmo cada vez mayor. Estos cambios ya se han cobrado su peaje en los «sectores creativos» –el de la música es el ejemplo favorito de Lanier– y amenazarán a porciones cada vez más amplias de la economía a medida que vayan madurando las tecnologías existentes. La impresión tridimensional, los coches sin conductor, la enseñanza masiva por Internet y la robotización pueden juntos transformar la fabricación, el transporte, la educación y la atención sanitaria. Sin control, dichas tendencias conducirán a un futuro de hiperdesempleo, haciendo que nos enfrentemos a una cuestión:

¿Cuál debería ser la función de los humanos «sobrantes» si no todos seguimos siendo estrictamente necesarios? ¿Se morirán de hambre los sobrantes, aquellos cuyas funciones se han agotado? ¿O vivirán sin hacer nada? ¿Quién decide? ¿Cómo?

Lanier no es el único al que le preocupa esto, incluso en los círculos empresariales. Lo distintivo del análisis de Lanier es el diagnóstico de que la creación de datos «fuera de los registros contable-financieros» es una de las partes más importantes del problema. La información gratuita es, para

Lanier, una idea mala e insostenible que ha penetrado en la infraestructura tecnológica en parte como un fallo de diseño promovido ideológicamente y en parte por mera comodidad. Para Lanier, la principal mistificación que ha permitido estos cambios es una permanente fetichización antihumana de la computación y la información, que las trata como si fueran independientes, inteligentes o significativas por sí mismas. La realidad es que las computadoras son simplemente sistemas deterministas complicados que solo pueden tener significado para los usuarios humanos, y que tras cada computación o porción de datos se oculta en último término una persona. La información gratuita nunca es verdaderamente gratuita, porque alguien, en alguna parte, ha tenido que producirla.

El antihumanismo tecnológico va unido a lo que Lanier denominó en *You Are Not a Gadget* como «maoísmo digital»: el placer ignorante de nivelar a todos en las amorfas multitudes digitales liberadas por la web 2.0. Ambas tendencias oscurecen al individuo creativo e integral que protagoniza el relato de Lanier, y ambas están amalgamadas en el objeto de su *Ideologiekritik*. El «melodrama» habitual que enfrenta a «los buenos» (Linux, Wikipedia, el Partido Pirata) contra «los malos» (agencias de espionaje, grandes estudios de Hollywood, dictadores del Tercer Mundo) está ahora obsoleto, porque la «Internet abierta está ya corrupta más allá de todo reconocimiento». De hecho, los espejismos de lo «gratis» y lo «abierto» han contribuido significativamente al establecimiento de nuevas estructuras coercitivas centralizadas en las gigantescas granjas de siervos que son Facebook, Google, la Agencia Nacional de Seguridad estadounidense *et al.* Internet se ha convertido, como tal, en una jerarquía piramidal que ya no puede concebirse como un «sistema emergente para el purista». Los relatos de «revolución de Twitter» que enfrentan a las multitudes de los medios sociales con formas más antiguas de poder hacen el juego a estas nuevas estructuras, que a menudo pueden ser meras versiones en red de entidades más antiguas.

En el corazón de estos cambios se sitúan los que Lanier denomina «servidores sirena». Son concentraciones de capacidad informática a gran escala que recogen datos de una red para analizarlos, y que usan la asimetría de información resultante «para manipular el resto del mundo y aprovecharse de él». Los servidores sirena pretenden ser una «inversión perfecta», evitando el riesgo de producir nada propio, y trasladando a otros los riesgos restantes mediante contratos de licencia bizantinos que nadie lee. Su objetivo es simplemente canalizar, reunir y manipular la información de aquellos expuestos al «riesgo». Los servidores sirena ni siquiera tienen que ser demasiado innovadores, siempre que logren encontrar un modo de crecer con rapidez y establecer una u otra posición de «monopolio» particular. Mediante estos desarrollos, «toda la actividad que se produce en redes digitales se somete a arbitraje, en el sentido de que el riesgo se canaliza hacia

quien adolece de menos recursos de computación», mientras que la «recompensa» va a parar al propietario de la computadora más grande. Dichas tendencias no son exclusivas de las empresas tecnológicas: la optimización de la cadena de aprovisionamiento mediante el análisis de datos que efectuó Walmart fue precursora del modelo de servidor sirena, y Lanier interpreta la creciente importancia de los centros y los analistas cuantitativos [*quants*] de datos para Wall Street como un ejemplo del mismo patrón. De hecho –en lo que seguramente es un caso de exageración conceptual– Lanier incluso ve el servidor sirena en el creciente aprovechamiento de datos para las campañas electorales y por parte de los Estados-nación.

El torrente de datos gratuitos liberados por Internet ha sido un regalo para estos servidores sirena, que «canalizan buena parte de la productividad de las personas ordinarias hacia una economía informal de trueque y reputación, al tiempo que concentran la riqueza a la antigua usanza para ellos». Y esto nos lleva a la visión de alternativa utópica planteada por Lanier: si, en lugar de expandir una economía del don informativa, la web hubiese universalizado un sistema de micropagos, monetizando los datos en su avance, podríamos prever un futuro de crecimiento económico ilimitado, porque esos datos se expanden indefinidamente. Lo que hace falta, en consecuencia, es de hecho una expansión radical de la «contabilidad» para poner precio a todos los datos donados en la actualidad, no solo los consumidos por la persona media, sino también cualquier información económicamente valiosa producida por las vidas cotidianas mediadas por la red y seguidas por los centros de datos que recogen estadísticas y crean modelos. Esto equivale a una especie de revisión informativa de la «propiedad de la persona» lockeana: no solo yo y todas las cosas materiales que produzco con mi trabajo, sino también todos los datos que produzco –incluso como mero efecto secundario de mi existencia– son de mi propiedad y, por consiguiente, quien utilice dichos datos debería remunerármelos. Esta es «una idea que toma el capitalismo más en serio de lo que se había tomado antes», dice Lanier. Pero si no adoptamos tales medidas, piensa, afrontaremos una creciente inseguridad y la amenaza de un «rebrote socialista» autoritario.

En lo referente al análisis social, el argumento de Lanier es característico de una ansiedad contemporánea generalizada en Estados Unidos por el futuro de la «clase media». Su concepción de esta clase deriva de la comparación de dos distribuciones estadísticas: la curva de distribución normal y la estructura de «todo para el ganador». Cuando la riqueza adopta la distribución de una curva de campana, las personas tienen, en su mayoría, cantidades de riqueza similares, intermedias, y hay cantidades decrecientes de personas muy pobres y personas muy ricas. Pero cuando asume una distribución en la que el ganador se queda con todo, la mayoría tiene comparativamente poco, mientras que una minoría se vuelve escandalosamente

rica. La época actual tiende, por supuesto, hacia la segunda, y este parece haber sido en especial el caso allí donde hay redes implicadas. Esto, piensa Lanier, es malo para todos, ya que el crecimiento exige una fuerte clase media de consumidores. Considera necesaria, en consecuencia, una solución «ciberkeynesiana» que intervenga políticamente en los flujos financieros y establezca «diques» para garantizar la riqueza de esta clase, algo análogo a las estructuras establecidas por la socialdemocracia a mediados del siglo XX. Pero Lanier no es Paul Krugman: se muestra escéptico acerca de la capacidad de las elites tradicionales para seguir el ritmo de la innovación tecnológica en tal medida que permita regularla o gestionarla macroeconómicamente, y piensa en consecuencia que el diseño de redes es un ámbito más adecuado para la legislación y la regulación económica *de facto*. Si la red de Tim Berners-Lee estaba mal diseñada, de forma tal que ha promovido un modelo de desigualdad extrema o de servidores sirena, debería ser posible producir un nuevo diseño compatible con la clase media.

Para Lanier, una alternativa superior a la de Internet la sugiere el proyecto Xanadú, presentado por el precursor tecnológico Ted Nelson, el primero que formuló el hipertexto a comienzos de la década de 1960, pero que ha permanecido fundamentalmente sin realizar. Una idea central de Xanadú era que no se permitiría copiar archivos porque, en una red, debería bastar con tener una única versión acreditada de un archivo, ya que de todas formas sería accesible desde cualquier parte de la red. Una consecuencia de esta simple premisa era que sería más fácil mantener los derechos de propiedad, y también se conservaría el contexto, en lugar de perderse, cuando los datos citados, y no copiados, fuesen representados en otros espacios. Otra idea central era que los enlaces entre documentos serían siempre de dos sentidos, en contraste con los enlaces de un sentido característicos de Internet: si yo establezco un enlace de mi documento al tuyo, mi enlace se registra tanto en tu documento como en el mío. De esta premisa deriva que habría menos necesidad de entidades como Facebook y Google: con respecto a la primera, el anonimato de la Red se reduciría desde el principio, poniéndome en contacto directo con cualquiera que estableciese un enlace con mis datos o los comentase, sin necesidad de que esto estuviese mediado por un único sistema cerrado, capaz de cartografiar mis relaciones en todas las direcciones; en cuanto al segundo, la estructura de red y un sentido de lo importante quedarían de inmediato más claros solo con tener en cuenta la procedencia de los enlaces, y habría menos necesidad de algo similar a Google que cartografie y recartografie constantemente la estructura de toda Internet.

Lanier piensa que Xanadú, con el lugar integral que da a la propiedad y a la procedencia, ofrece un modelo mejor para diseñar redes capaces de promover la conservación de la «clase media». Pero no se trata simplemente de volver al antiguo diseño de Nelson. Lanier esboza también un

elaborado sistema de micropagos por los cuales todos los participantes en la red deben ser remunerados por el uso de cualquier dato económicamente valioso que produzcan, generando gradualmente una multiplicidad de corrientes de ingresos en el transcurso de las vidas vividas *on line*. La aplicación efectiva de la escasez de información ayudaría a promover el tipo de simetría en las relaciones comprador-vendedor que siempre ha sido el proyectado idílico del mercado. Imagina un mantenimiento de la función del Estado como garante de la identidad de los participantes en la red/mercado, algo que haría realidad de hecho la, durante mucho tiempo, latente identidad de sujeto ciudadano y burgués. Las decisiones necesarias que proliferarían en dicha economía podrían estar gestionadas por un futuro sector de «reducción de decisiones», que vendería sus servicios en el mercado libre. La contabilidad se convertiría en una profesión glamurosa, encargada de expandir las fronteras del mercado a un número creciente de potenciales mercancías de datos. Las aportaciones de «legado» al valor se tendrían en cuenta al calcular el precio, además de las relaciones convencionales de oferta y demanda, proporcionando lastre para estabilizar los mercados contra la usual fluctuación de la confianza. Las corrientes de ingresos devengadas por los fallecidos llegarían de manera decreciente a sus herederos, «descendiendo de acuerdo con una función uniforme». «Fondos de riesgo» de tamaño limitado gestionarían una colectivización del riesgo al tiempo que impedirían generalizarlo a toda la sociedad. Los «avatares» económicos permitirían a las personas experimentar libremente con diversos «estilos de transacción», mezclando crédito con efectivo, pagos al contado con planes a plazos.

¿Cómo llegaremos allí? Habrá, por supuesto, una fase de transición pacífica, que evitará los aspectos desagradables de las revoluciones, en la que las personas podrán experimentar voluntariamente con las posibilidades de la propuesta «economía de la información humanística». Pero en caso de que dudásemos de su posible realismo leninista, Lanier despliega una especie de argumento de la «tiranía de la carencia de estructura» contra cualquier idea de que este pudiera ser un movimiento desde abajo: el poder real es descendente, y nos engañamos si nos creemos capaces de evitarlo. Y de los posibles agentes capacitados para efectuar dicha transición —*geeks*, *start-ups*, gobiernos, servidores sirena (sí, ese conjunto, en ese orden)—, Lanier parece inclinarse por una confederación o cartel de estos últimos como la opción más verosímil. Lo que Lanier parece estar proponiendo, en resumen, es que la escena de Silicon Valley y cualquier otro servidor sirena interesado salgan juntos del interés propio ilustrado para embarcarse en un proyecto planetario de ingeniería social que sustituirá a los mercados y a la política actuales, para salvar al capitalismo de sí mismo haciendo realidad una utopía de mercado.

El púgil imaginario al que se enfrenta Lanier en todo esto es una visión del marxismo o del socialismo propia de cualquier recalcitrante defensor de la Guerra Fría. Ésta es la necesaria y oscura alternativa a su tecnocapitalismo utópico, el futuro que corremos el riesgo de padecer si no encontramos una solución al problema de la amenazada «clase media». Nuevamente, no es el único con tales preocupaciones: Eric Brynjolfsson y Andrew McAfee sienten en su libro más reciente, *The Second Machine Age*, la necesidad de definir sus propias recetas para enfermedades similares contra proyecciones de alternativas no capitalistas. Pero el anticomunismo es un tema especialmente persistente en los escritos de Lanier. Dada la ausencia general, durante su trayectoria literaria hasta el momento, de cualquier agente social significativo que pudiera de hecho poner dicha alternativa en la agenda, este parecería un tic ideológico extraño, residuo quizá de una vieja polarización entre un «nuevo movimiento comunista» y los nuevos comunistas jipis que primero poblaron la frontera electrónica. Pero tal vez sería más interesante interpretar su presencia aquí en función del propio interés de Lanier por las utopías especulativas, y por la trayectoria secular del capitalismo, intereses que hacen que su pensamiento se tropiece repetidamente contra un aterrador doble marxista.

En su taxonomía de los «humores» por los cuales concebimos las relaciones futuras entre tecnología, personas y política, Lanier señala que a menudo parece haber un proceso de «zigzag» en el que un humor da paso a otro. Su principal ejemplo a este respecto es la forma en la que las triunfalistas fantasías tecnológicas de los «emprendedores más temerarios» se difuminan en algo «siniestramente socialista». Piensa que puede haber en su propia posición un cierto deslizamiento del humor «Ted Nelson» a un humor «Rousseau». Pero quizá haya aquí algo más radical. Dado que en el futuro imaginado por Lanier los medios de producción abundarán y estarán distribuidos –impresoras 3D imprimirán impresoras 3D–, el capitalismo que él imagina difícilmente podría parecerse mucho al analizado por Marx en términos de separación fundamental entre la masa de la población y esos medios. Ni la propiedad privada ni el igualitarismo del mercado que Lanier proyecta en el futuro han sido jamás, por supuesto, condición suficiente para el capitalismo. Es más, si queremos generar riqueza aunque sea como mero efecto secundario de nuestras vidas mediadas por la tecnología digital, remuneradas solo por ser nuestros yos creativos, ¿no estamos buscando una trascendencia del trabajo asalariado capitalista? Quizá el plan de Lanier para salvar el capitalismo contiene algunas «exigencias transitorias» disfrazadas.

Si bien hay mucho que criticar en los detalles –errores garrafales que podrían haberse evitado con una búsqueda en Wikipedia–, no hay espacio para ella, en esta reseña, y quizá sería injusto tomarse a Lanier más en serio de lo que él se toma a sí mismo. Supondría también, quizá, un error de género:

uno no plantea objeciones contra las prescripciones numéricas de Charles Fourier acerca del tamaño de los grupos sociales. Hay algo fourieresco, de hecho, en Lanier: nos dice en un aparte que está trabajando en un proyecto para reubicar las fallas tectónicas en lugares menos destructivos sellando las grietas y abriendo otras con explosivos, así como «un gigantesco cañón de riel más liviano que el aire para lanzar naves espaciales». También Fourier puede interpretarse como una especie de escritor satírico. Las utopías especulativas desempeñan una función en la crítica del presente. Pero quizá lo más interesante de la utopía de Lanier sea que critica el propio presente como si se tratase de un caso de utopismo descarriado: es el intento de hacer realidad la utopía *mala* de una economía del don basada en la alta tecnología el que nos ha llevado a este punto disfuncional. Y si no tratamos estas disfunciones, corremos el riesgo de pasar a otra mala utopía (marxista) en la que la lasitud concedida por el mercado a los individuos es subsumida por la pesadilla omnicomprendensiva de la «política». Lanier propone su propia utopía, en consecuencia, para prevenir la amenaza de una utopía y curar las heridas infligidas por otra. Pero difícilmente puede haber una utopía más banal y antihumana que la que pone precio a todas nuestras expresiones.